

XXV

Nabucodonosor.

I

Y no podía ser de otra manera. Mi estado fisiológico era tal, que yo tenía que dar un estallido. Y lo di al fin, y bueno. Después supe que estuve sin conocimiento desde las seis de la tarde del miércoles hasta el jueves á las diez de la mañana; que Ramón y el portero sintieron el golpe de mi caída y subieron alarmados; que al mismo tiempo salió á la escalera la señorita Camila; que al instante bajó Constantino en cuatro trancazos y me cogió, y cargándome como si yo fuera un talego, me llevó á mi casa; que me tendieron en mi cama creyendo que ya estaba muerto; que Ramón y la señorita Camila empezaron á darme friegas, mientras Constantino corría en busca de su hermano Augusto;

que toda la noche se pasó en gran ansiedad, pues el médico ponía muy mala cara... Por fin, recobré la conciencia de mi sér, aunque al punto de recobrada eché de ver que mi resurrección no era completa. Algo se me quedaba por allá, en aquella lóbrega cisterna, simulacro de los abismos de la muerte, en que tantas horas estuve, revolcándome en tenebroso espasmo del cual apenas quedaban vagas sensaciones musculares cuando desperté. Lo primero que hice fué moverme, quiero decir, intentarlo. De este reconocimiento resultó un fenómeno que al pronto no me hizo impresión; pero que poco después ocasionóme sorpresa, estupor, espanto. Yo no podía mover las extremidades izquierdas. Todo aquel lado ¡ay Dios! estaba como muerto. Ramón debió leer en mi rostro la congoja de los esfuerzos que hacía, y quiso ayudarme. Ordenéle por señas que me dejara. Quería seguir en reposo para pensar en aquel fenómeno tristísimo. Á mi mente vino una idea, con ella una palabra. Sí, me lo dije en griego para mayor claridad: "Tengo una hemiplegia..". La idea de la justicia, que rara vez deja de abrirse paso en nuestras crisis para alumbrarnos la conciencia, apareció muy luego: "Bien ganada me la tengo..".

Mi pena fué horrible. Tremendo rato aquel, en que la conciencia física me acusó con pavorosa austeridad, en que me rebelé contra la sentencia fisiológica y contra Dios que la daba ó la

consentía, no sé!... Sin derramar una lágrima, lloré una vida entera y deseé con toda mi alma acabar de morirme... Aún me faltaba la más negra. Quise hablar á Ramón y la lengua no me obedecía. Las palabras se me quedaban pegadas al paladar como pedazos de hostia. Mis esfuerzos agravaban el entorpecimiento de aquella preciosa facultad, gastada, perdida tal vez para siempre. Intenté decir una expresión clara, y no dije sino ¡mah, mah, mah! Causóme tal horror mi propio lenguaje que resolví enmudecer. Me daba vergüenza de hablar de aquella manera. ¡Ser la mitad de lo que fuimos, sentir uno que su derecha viva tiene que echarse á cuestras á la izquierda cadaver, y por añadidura pensar como un hombre y expresarse como los animales, es cosa bien triste...!

Augusto quería disimular la pesadumbre que mi estado le causaba; mas cuando oyó mi espe-luznante mah, mah, mah, no le fué posible fingir tranquilidad. Hiceme juramento de callar para siempre y no ofrecer á la estupefacción de oyente alguno aquel rebuzno mío, aquel bramido de Nabucodonosor condenado á arrastrarse por el suelo y á comer yerba... Todo aquel día lo pasé en una especie de estupor letárgico, que á veces tocaba en el sueño, sintiendo en mí algún alivio. Lo primero que me atormentó por la noche fué el sentirme horriblemente desmemoriado. Yo no me acordaba de todo, sino de

algunas cosas, y de otras apenas tenía vagas nociones. Pero el prurito de recordar, aquella infructuosa erección de la memoria queriendo ser y no pudiendo, aquella dolorosa presciencia de nombres y sucesos, sin lograr determinarlos, me martirizaba lo que no es decible. Recordaba el caso de mi ruina, de la fuga de mi acreedor... pero no podía atrapar el nombre de Torres... Y veía ante mí algo como el esqueleto del nombre; pero le faltaba la carne, las letras. Toda la noche estuve buscándolas y no las encontré hasta por la mañana.

Pero el ejemplo más triste de esta pérdida de la facultad fué no saber quiénes eran aquellas tres mujeres á quienes ví la segunda noche, en fila delante de mí. Ofreciéronse á mi atención al despertar de uno de aquellos letargos, y me dije: "Yo conozco estas caras; las he visto en alguna parte..." Estaban las tres apoyadas en el tablero inferior de mi cama, grande como de matrimonio. Veíalas yo de medio cuerpo arriba, los brazos sobre el tablero, en actitud de estar asomadas á un balcón... La que estaba en medio tenía cristales en sus ojos, que brillaban en la penumbra de mi estancia con efecto semejante al que hacen en la oscuridad los ojos de los gatos. Á su derecha estaba otra que me miraba también. Me pareció que á ratos se llevaba una mano á los ojos, y que en la mano tenía un pañuelo. ¿Por qué lloraría aquella buena señora?...

Y era guapa. La de la izquierda me miraba con fijeza observadora y más bien curiosa que enternecida. Era morena, de muy acentuada delantera, esbeltísima... Nada, que aquellas tres caras y aquellos tres bustos no me eran desconocidos; pero mi cerebro ardía en un trabajo furioso de indagación, sin poder sacar en claro quiénes eran ni cómo se llamaban.

Por fin el corazón me alumbró, el corazón, que se puso á hacer cabriolas y me dijo: "aquella que está á tu derecha y á la izquierda de la de los lentes es tu borriquita. Fuí juntando ideas, casándolas y amarrándolas bien para que no se me escaparan... Camila, la sin par Camila fué la primera que venció la anarquía de mi pensamiento y mi memoria... después Eloisa, la que lloraba; por fin María Juana, la sabia. Cuando las atrapé diéronme ganas de decir algo. Pero tuve espanto y vergüenza de que mis tres primas me oyeran. No, antes reventar que darles muestra tan desapacible del lenguaje prehistórico. Eloisa fué la primera que se llegó á mí, rompiendo la lúgubre fila en que las tres estaban cual aves posadas en una rama.

Llegóse á mí para mirarme de cerca. Ví sus ojos llenos de lágrimas. Alguna creo que me cayó encima. Preguntóme que cómo estaba, y yo no dije nada. Noté al mismo tiempo que la sabia, sin moverse del centro del tablero, llevóse el dedo índice á sus labios y estuvo así un

buen rato, parecida á una estampa de la discreción. Quería imponer silencio á las otras dos, pues también Camila se llegó á mí por el otro lado y me miró de cerca... ¡Qué ganas sentí de pegarle un beso, expresión casta y juiciosa del júbilo que me causaba el haber recobrado la conciencia del amor que le tenía! Preguntóme también que cómo estaba, y yo... mutis. "No oirás este *mú* del buey herido, prenda de mi corazón — pensé, y pensándolo les hice señas de que se estuvieran allí, porque sentía cierto consuelo en contemplarlas. Eran mi historia, mi vida, yo mismo puesto en figuras, como un libro ilustrado.

II

Otra noche, Camila junto á la mesa donde habían estado sus botas (no sé si os acordareis de esto) y á su lado Constantino. Ella cosía y él leía un periódico. Cuando me sintieron mover, ambos me miraron. Camila vino hacia mí, dejando la costura y me dijo: "¿Qué tal?," En mi sensibilidad fuertemente perturbada hizo aquel *qué tal* el efecto de un intenso olor de saies súbitamente aplicado á mi nariz. Á punto estuve de hablar... ¡Desdichado de mí si lo hubiera hecho! El silencio había venido á ser en mí como una coquetería. Tuve serenidad bastante para dominarme, y sacando una mano le tomé la suya y

la llevé pausadamente á mis labios. Cuando le daba aquel respetuoso beso que fué como el homenaje que á los reyes haría el monárquico más sincero y leal, ví allí enfrente una mirada de Constantino, brillantada por la próxima luz. No debía de ser mirada de celos, y si lo fué ¿qué culpa tenía yo en aquel momento? La absoluta muerte de las facultades más características del hombre me garantizaba una virtud perfecta. Yo podía ya ser hasta santo á poco que lo intentara. La borriquita, entendiendo mi homenaje, no retiró su mano. Pensé que debía de ser muy grande mi mal, cuando aquellos dos enemigos míos me perdonaban y aun venían á asistirme. "Sólo se perdona de este modo á los moribundos ó á los locos," —pensé.

Y á la mañana siguiente llegaron María y su marido, ambos obsequiándome al entrar con sendos suspiros. Medina no pudo contener los pruritos dogmáticos que se le vinieron de la mente á los labios, y dándome un apretón de manos, me dijo: "Eso no es nada. Se restablecerá usted pronto, pero sírvale de lección este arrechucho." Y bajando la voz, inclinado ante mí, añadió lo siguiente: "Mi mujer tiene razón. Eso es el resultado de dejarse dominar por las pasiones y apetitos, en vez de vencerlos, como hace toda persona que merece el nombre de varón. Con que cuidado, y no echar la enseñanza en saco roto." Mientras tal oía yo, ví á María Jua-

na poniendo orden en varias cosillas que sobre la mesa estaban... Retiró á su esposo de mi lado, como reprendiéndole tácitamente por sus inoportunas observaciones, y se fueron. Por la tarde vino ella sola, se sentó frente á mí al costado de la cama, y me estuvo mirando como una hora seguida. Yo también la miraba. "¿Por qué no hablas?" —me dijo al fin, estrechándome con amorosa fuerza la mano. Dile á entender que no podía, y entonces me trajo lapiz, papel y un libro para que escribiera sobre él. "Soy Nabucodonosor," —escribí, no sin trabajo. Y ella consternada: "¿Qué cosas tienes!... Verás cómo te curamos." "Soy un animal ladro..." —escribí.—Iba á decir que entre las tres me habían puesto así, la una por no quererme, y las otras dos por quererme demasiado; pero me faltó el pulso, y sólo pude escribir en un garabato: "Tú... culpa..." Leyólo un tanto indignada y rompió el papel, guardándose los pedazos.

¿Cómo podría yo pintar aquel inmenso tedio mío, y la pena de verme medio muerto, inmóvil, y de considerar que nunca más volvería á ser el hombre que fui! En tal extremidad la esperanza de la muerte venía á ser el único consuelo, y por fomentarla en mí resistíme á tomar las medicinas que recetaba Miquis. Administrábame revulsivos y enérgicos derivativos; y para que mi semejanza con un perro fuera mayor, dábame la estrignina. Pensé decirle por escrito

que me diera de una vez la morcilla, para hacerme reventar. ¡Terrible trance verme en tanta miseria, rodeado de todas las prosas de la vida humana, no pudiendo valerme sin ajeno auxilio! Ramón y Constantino me movían de aquí para allí, cargándome como á un leño, y haciendo conmigo lo que las madres de más abnegación hacen con un pobre niño sucio, incapacitado é irresponsable. Admiraba yo la caridad de entrambos, y mayormente la de Constantino, que no tenía obligación de hacerlo y lo hacía por pura lástima de mí. Dios se lo pagaría. Yo vivía, si vivir era aquello, en plena inmundicia, sintiendo un asco de mí mismo que no es comparable á nada. Era la conciencia física que me acusaba en aquella forma tan grosera como expresiva. Y aquel noble mancebo á quien yo había ofendido gravemente, hiriéndole en su opinión si no en su honor, era quien con más gallardía cuidaba de mí, afrontando aquellas repugnancias con ese valor de sentidos, que no es menos meritorio que el nervioso valor llamado bravura ó heroísmo. ¿Por qué lo hizo? Porque le salía de dentro sin duda, y era vengativo á estilo de Jesucristo. Su mujer le incitaba también á ello con cristiano entusiasmo. Ya no podían temer que yo les deshonrara; yo era una cosa, más bien que una persona, un pobre animal moribundo que ladraba, pero que ya no podía morder. Poco más viviría, á juicio

de ellos. Su compasión, por tal motivo, me daba el golpe de gracia.

¡Y cómo me acordé, al verme en tales podredumbres, hecho una plasta asquerosa, de la enfermedad de Eloisa, de su horror á la fealdad y de sus esfuerzos por buscar *postura* bonita en su muladar! ¿Qué discurriría yo para hacerme el interesante en tan prosaico estado? ¿Qué arbitrios de coquetería morbosa y fúnebre inventaría para dar poético giro á mi situación, como cuando á ella se le ocurrió aquello del tul, que referido en su lugar queda? Nada, nada; mi calamidad pedestre é inmundada no tenía composición posible. Para mayor desgracia se me había torcido la boca, y esto me causaba tal horror, que no me atreví á pedir un espejo para mirarme. La lengua no funcionaba; érame difícil pegar la punta de ella á la arcada dentaria superior, y de aquí que no pudiera pronunciar algunas consonantes. La deglución érame también algo difícil, y por esto... me repugna decirlo; pero violentándome lo diré para que lo sepais todo: ¡se me caía la baba!

Mandó Augusto que me levantaran y me pusieran en un sillón, donde estaría mejor que en la cama. Entre Constantino y mi criado me vistieron como se viste á un muerto, y me sentaron, rodeado de mantas y almohadas. Debía de asemejarme, en mi inmovilidad, á una de esas figuras egipcias que parecen estar esperando la

conclusión de lo infinito por la rígida paciencia con que sentadas están. Á veces de mi boca caían hilos gelatinosos sobre mis manos cruzadas sobre el vientre. Entonces Constantino, ¡oh angelón incomparable! daba algunos pasos hacia mí, y con un pañuelo me limpiaba.

Si en esto de la asistencia tenía yo tanto que agradecer al marido de Camila, en otra clase de auxilios Severiano era mi hombre. Sin él no sé qué habría sido de mí, porque se constituyó en guardián de mis intereses, y tomó muy á pechos todo lo concerniente á los negocios míos, que habían quedado en suspenso el día de mi enfermedad. Él y Medina llevaban adelante con la mayor energía la acción judicial contra Torres y Samaniego. Ignorábase el paradero de Torres. El agente daba la cara, ofreciéndose también como víctima, y se prestaba á remediar el daño hasta donde alcanzaran sus fuerzas. Halléme en las peores condiciones para alcanzar justicia, pues antes que yo habían de cobrar los que, como Cristóbal, tenían la garantía legal de la publicación. Severiano consiguió que el Juzgado embargase la casa de la Ronda; pero hé aquí que el contratista de la obra se echó encima de la finca, probando que no se le había pagado más que uno de los plazos de la construcción. En fin, que primero cobraría el contratista, después Medina y luego Llorente, yo y los demás, si algo quedaba. De todo esto me infor-

maba Severiano, atenuando lo desagradable, y dándome esperanzas que yo no podía tener. Todo iba mal, muy mal para mí, como vereis por lo que sigue.

Á los cinco días del ataque noté alguna mejoría en el uso de la preciosa facultad de hablar. Emitía las vocales sin dificultad, y algunas consonantes no me costaban trabajo. Otras, como la *te* y la *erre*, se resistían. Nacía en mí, pues, la palabra, siguiendo el proceso ó desarrollo fonético de los niños. Educaba mi lengua como la educan ellos; mas hacíalo á solas, temeroso de parecer ridículo á los que me oyeran. Tal era mi estado, cuando Severiano vino á manifestarme que las letras que giré á cargo de mis arrendatarios de Jerez habían sido protestadas, y venían contra mí, con la añadidura de los gastos de resaca. Él hubiera querido ocultármelo y recogerlas del banquero que las tenía; pero sus tentativas para reunir el dinero eran infructuosas, y no tenía más remedio que decírmelo para que yo determinara.

“¡Bonito porvenir! — pensé. — Hállome convertido en animal, y con tres pleitos sobre mí: uno contra Torres, otro contra los Hijos de Nefas y el tercero contra mis arrendatarios Manuel Roldán y su hermano. Daré poder mañana mismo para exigirles el pago. Les embargaré, les venderé hasta la última bota de vino.

“No será difícil encontrar el dinero que ne-

cesitas, hipotecando esta casa—me dijo Severiano.—Ten presente otra cosa, y es que el día 12 te vencen las letras de Tomás de la Calzada.

Estas palabras fueron como un martillazo en mi cerebro. ¿Qué tal estaría mi cabeza que se me habían borrado de ella las letras de Sevilla y hasta toda idea de que las Pastoras existiesen en el mundo? ¡Cuánto padecí en aquel momento al considerar que ni aun encontrando quien me prestase cincuenta mil duros con garantía de mi finca, podía yo conjurar la tormenta que sobre mí venía! Para pagar las letras de las Pastoras y recoger las devueltas de Jerez, necesitaba más de ochenta mil duros, y esto sin pérdida de tiempo; pues la casa tenedora de estas últimas era el *Crédito Lionés*, y no teniendo amistad con el gerente ni con ningún consejero de ella, no podía esperar que me diesen la prórroga ó respiro que habría sido tal vez mi salvación. En estos casos las determinaciones acudían pronto á mi mente, aun hallándose, como se hallaba, enteramente desquiciada.

“Vete corriendo á ver á Medina—dije á Severiano parte por señas, parte escribiendo y algo también con ladridos.—Es el único que puede... Veamos si quiere darme... cincuenta mil duros... hipoteco esta casa...

III

Quedéme solo con Ramón, en la mayor ansiedad, rumiando mi desdicha. Si al menos fuera un hombre, si al menos me obedeciera esta máquina estúpida...!—pensaba.—¿Pero qué ha de hacer una bestia más que cocear, dar bramidos, comer el pienso y morder á alguien si la dejan? Por más vueltas que le diera, no podría dominar el conflicto en que me hallaba, y en caso de que no encontrara un prestamista, las letras de las Pastoras se quedarían sin pagar, y yo deshonrado á los ojos de aquellas hidalgas personas. La aficción que esto me produjo superaba al sentimiento y pesadumbre hondísima de mi enfermedad. Habría dado yo el lado derecho que aún tenía vivo por poder cumplir en aquel caso con lo que exigían mi honor y la altísima consideración que á las amigas de mi madre debía. “¡Pobres señoras, qué pensarán de mí! Dirán, y con razón, que me he comido su fortuna... No, esto no será, aunque tenga que vender la camisa. Aún puedo negociar los créditos á mi favor, aunque sea con pérdida de un cincuenta por ciento. Me quedaré sin un real y en situación de pedir limosna como esos infelices lisiados que se arrastran por los caminos; pero las Pastoras cobrarán... ¡pues no han de cobrar!...

Y la maliciosa ironía de mi destino saltaba

dentro de mí apuntándome la negativa: "No cobrarán; las dejarás en la miseria, y ambas serán los fantasmas que te persigan y te atormenten en tus últimos días. Porque Nefas no te pagará; de los Roldanes no verás un cuarto, y como no pleitees con Severiano, despidete de la hipoteca de las *Mezquitillas*... ¡Pobres inglesas! ¡Caer en la miseria al fin de su vida, sin más culpa que haberse fiado de tí, creyéndote persona formal...! En esta horrible situación de animalidad en que te han puesto tus vicios, mal hombre, te revolcarás impotente sin hallar consuelo en ninguna postura, y cuando te vuelvas de este lado, verás á la Morris dando lecciones de inglés para ganar la vida, ¡infeliz señora, anciana, medio ciega! y cuando te vuelvas del otro lado, verás á la Pastor pintando un cuadro bucólico moral para rifarlo entre la colonia jerezana y malagueña de Madrid, á fin de sacar algunos reales con que atender al sustento. Y se llegarán á tí y te rascarán con la punta del palo de la sombrilla, porque tendrán lástima de tu padecer... Y aun te lavarán la jeta que tendrás sucia de hociocar en la artesa en que se te echa la comida, porque no podrás ni sabrás comer con las manos como los hombres... Y aun te aflojarán la cuerda que se te ponga al pescuezo para que no te escapes; porque sábetete que vas á ser animal dañino que correrás tras las mujeres y los niños para morderles... Y cortarán hojas ver-

des y frescas para ponértelas en el lomo y defenderte de las moscas... Porque ellas, en su pobreza, seguirán siendo las personas más cristianas del mundo, y vencerán su asco para compadecerte, y se impondrán el sacrificio de mirarte, como una penitencia de la falta enorme de haber confiado en tí."

Así pensaba yo, y sudores de angustia me corrian por la cara abajo. Entró Camila á darme de comer, y aunque yo no tenía tranquilidad para nada mientras no viniese Severiano con buenas noticias, consagréme á la función aquella con verdadero gusto, no sólo por ser mi prima quien me auxiliaba, sino porque de todo mi organismo sensorio el único apetito que permanecía vivo era el que preside á la asimilación de los alimentos.

Y había que ver el cuidado con que mi borriquita, después de ponerme una servilleta por babero, me llevaba la cuchara á la boca ó el tenedor con los pedazos de carne, haciendo con sus morros por instinto imitativo, contracciones iguales á las que yo hacía. Á pesar del esmero que ella ponía en esta operación, yo, he de decirlo claramente, no comía con limpieza. Faltábame flexibilidad en los labios, y por mucho cuidado que tuviera para no dejar caer nada de la boca, algo se me caía siempre. Érame forzoso poner mucha pausa en aquel acto para estar en él lo menos desagradable á la vista que me fue-

ra posible. ¡Qué lástima tan profunda se pintaba en el rostro de ella! Yo quería que mis ojos expresasen lo contrario de lo que se desprendía de aquella bestialidad grosera, y no sé si lo pude conseguir. Creo que no. Mis ojos no podían expresar más que el estupor del idiota y los anhelos de una gula repugnante. "Acuérdate, Camila—le decía yo con el pensamiento,—de cómo te quiso este cerdo cuando era hombre."

No había yo concluido de devorar, cuando entró Severiano. En la cara le conocí que me traía buenas noticias. "Si Medina no quiere arreglarlo—me dijo,—otro lo hará. Es un buen negocio... Tu casa valé más del millón. Á Medina le he encontrado indeciso, con ganas de servirte; mas con poco dinero disponible por el momento; y como la cosa urge... Pero descuida, que ya se arreglará. ¿Y lo que falta luego para pagar las letras de Sevilla?... Hay que tener confianza en la Providencia, que no es tan perra como dicen."

Observé con inquietud que Camila se daba aire, como sofocada, que palidecía y cerraba los ojos. ¿Acaso estaba enferma? De repente salió; la sentí en mi alcoba. Hice señas á Severiano, que pensando como yo, dijo: "Se habrá puesto mala?," Mi amigo fué tras ella, y á poco rato volvió á decirme: "Camila está... vomitando."

"Es que le he dado asco—pensé sintiendo un nudo horrible en mi pecho.—No tiene valor de

sentidos como Constantino, y le falta estómago para cuidar animales enfermos.

No tardó en aparecer la borriquita, limpiándose las lágrimas y riendo. Con mis ojos alelados le pregunté como pude lo que tenía, y no quiso contestar. Pero no debía de ser lo que yo me figuraba, porque siguió riendo y mirándome con piedad; y en un momento en que Severiano no estaba conmigo, me dijo, llevándose ambas manos á su esbeltísimo talle: "Es que estoy..."

Cogí el lapiz, y con cierto énfasis que no vacilo en llamar inspiración, escribí: "Belisario?,"

Y ella decía que sí con la cabeza y con el júbilo que iluminó su rostro gitano, que á mí me hacía el efecto de tener la propia cara del sol dentro de mi gabinete. Yo escribí: "Me alegro." Pero no sé si me alegraba verdaderamente ó si sentía una pena cosquillosa. Camila, que era muy comunicativa por naturaleza, gritó "tres meses," sacando del puño cerrado tres dedos para expresármelo mejor.

Retiróse al anochecer, con lo que para mí anochecía dos veces. Absolutamente privado de toda facultad sensoria que no fuera el placer de comer, pensaba en lo ideal que se había vuelto mi amor. Por esto, gracias á Dios, yo no era completamente bestia. Si aquello me faltara, hubiera andado á cuatro piés, siempre que el izquierdo y la mano del mismo lado lo consintieran. Pero conservaba mi alma, aunque des-

quiciada, y en mi alma aquella chispa divina, por la cual me creía con derecho á reclamar un sitio en el mundo espiritual, cuando la bestia cayese por entero en el inorgánico. La conciencia de aquella chispa me consolaba de tener cara de idiota, voz como un ladrido, cuerpo de palo, y de sentir caer la babas de mi boca. Pero ya lo he dicho: depuración mayor de un sentimiento no era posible. El delicado Petrarca era un sátiro ante Laura, y el espiritado *Quijote* un verdadero mico ante Dulcinea, en comparación de lo que yo era ante Camila. No cabía más pureza que la que mi incapacidad me daba. Vedme aquí hecho un santo, de esos que aman por lo divino y sutil, sin ningún interés de la carne ni cosa que lo valga, siendo un montón de ceniza corporal que guarda los encendidos hornos del alma. Ya veis como aquel puerco de que os hablo, no era todo escoria; yo reconocía en mí el conjunto extraño de bestia y angel que caracteriza á los niños; pero nada de lo que constituye el hombre.

Por la noche fué María Juana, que de buenas á primeras me dijo: "Cuenta con el préstamo sobre la casa. Medina vacilaba, no por falta de voluntad, sino por no tener en el momento fondos disponibles. Pero yo le he dado tal carga, que es cosa hecha. Mañana mismo hará Muñoz y Nones la escritura. ¿Puedes firmar? Sí... Pues, no te apures. Cristóbal hablará mañana con los

del *Crédito Lyonés*, encargándose de recoger las letras protestadas.,

Yo le expresaba mi agradecimiento con gestos y miradas. Y el favor era completo y redondo, porque según me dijo mi ilustre y sapientísima prima, su marido me hacía el préstamo en las mejores condiciones posibles, por un año, con el módico interés de cinco por ciento... Hícele saber que para salir de mi atolladero necesitaba aún treinta mil duros, á lo que contestó que arañando en sus economías y dando otro tanto á Cristóbal podía facilitarme seis ú ocho mil duros; pero pasar de aquí érale punto menos que imposible. "No hay que soñar—añadió,— con que mi marido se corra más. Ya sabes que él es generoso; pero lo es una sola vez en cada caso. Medina no repite... mil veces te lo he dicho. Si ahora saliera yo pidiéndole más dinero, puede que se le quitaran las ganas de hacerte el préstamo gordo. Él es así; aceptémosle reconociendo que es muy bueno, y no le perdamos por querer hacerle mejor.,

Parecióme esto tan discreto y prudente, que nada tuve que objetar á ello. Poco después vino Cristóbal, y se me mostró tan afable, tan bondadoso que á poco más se me saltan las lágrimas. Declaraba que lo que hacía por mí no era digno de reconocimiento; rogábame que no hablase de ello y que no le sacara los colores á la cara con mis importunas gratitudes. Dióme esperanzas de

obtener algo en el asunto de Torres, que no dejaba de la mano. Por fin se sabía que el fugitivo estaba en Pau. Su abogado, uno de los más famosos de España, le había escrito que no se encargaría de su defensa si no se presentaba en Madrid. Era, pues, posible que viniese, ingresando desde luego en el Saladero, en virtud de providencia judicial ya dictada.

Con estas noticias me animé un poco; pero aún me amargaban el espíritu las dificultades para salir del compromiso de las letras, si algún inesperado suceso no venía á favorecerme por donde menos lo pensara. Dije á Severiano que tantease á mi tío, que también fué aquella noche, y que, después de haberse retirado Cristóbal con su mujer, se puso á jugar al tresillo con Miquis en mi gabinete. Pero ¡ay! que mi buen tío estaba en situación de que le pusieran niñera y no servía absolutamente para nada. Entre él y yo la diferencia no era grande, pues si disponía de sus cuatro remos, en cambio arrastraba los piés al andar, y ya se había caído dos veces en la calle. Á lo mejor se quedaba como dormido y costaba trabajo despertarle. Su conversación era ya enteramente difusa, incoherente, sin sentido, y á lo mejor se salía con unas sandeces tan primitivas que ningún oyente sabía tener la risa. Yo le miraba desde mi sillón ó desde mi lecho y me decía: "¡Si tendré yo el mismo aspecto de niño bobo!... Debo de tenerlo.,"

IV

Pues como dije, Severiano trató de ver si aquel pobre anciano infantil podía disponer de algún dinero. El resultado fué muy singular. Primero le manifestó mi tío con espontáneo arranque que le era fácil proporcionarme un millón de reales. Severiano puso cada ojo como un puño al oír tal ofrecimiento. Media hora después, hablando de lo mismo, D. Rafael se asombró de oír á mi amigo lo del millón, y le dijo: "Usted está en babia, Sr. de Rodríguez, ó se ha vuelto tonto ó no entiende el castellano. Yo indiqué á usted que podía poner á la disposición de José María mil reales... ni más ni menos.,"

Raimundo no me visitaba tanto como á mi parecer debía esperarse de sus obligaciones de gratitud hacia mí. Pero las más de las noches iba un rato tan *trigonométricamente trastrocado* como siempre, se me sentaba al lado y empezaba á hacer chistes para distraerme. Pero ocurría una cosa muy rara, y era que ya no me hacían gracia maldita las ingeniosidades de aquel jüglar de la frase. Sabíanme todas las suyas á fiambre pasado, á manjar sin sazón. Era un amaneramiento y un repetir de fórmulas que se me sentaban en la boca del estómago. Yo no me reía ni pizca, para que se marchase pronto y me dejara en paz.

Aquella noche, después de acostarme y de haber dormido un poco, ví á Eloisa andar por mi cuarto. Ni yo sabía qué hora era, ni estaba seguro de hallarme despierto. La ví pasar como una aparición por detrás del tablero inferior de la cama, venir hacia mí por el costado derecho, inclinarse para mirarme, retirarse después, dar la vuelta, los ojos siempre fijos en mí. Y francamente, parecióme hermosísima. Ni le dije nada, ni ella á mí tampoco. Cerré los ojos y la sentí en cuchicheos con Severiano. Parecía que disputaban. Me dormí y la visión se borró en mi cerebro. Á la mañana siguiente, la impresión permanecía y pregunté á mi amigo que de qué hablaba con la prójima. Á lo que me contestó: "Nada, tonterías; no me acuerdo..."

Importábame más otra cosa, y sobre ello caímos con verdadero afán. "Creo que al fin se arreglará esto con la ayuda de todos los amigos—me dijo.—Pasado mañana vencen las *Pastoriles* letras. No te ocupes de ello y déjame á mí... Desde ahora te aseguro que serán pagadas. Cómo, no lo sé; pero tú no has de quedar mal," Curiosidad tuve de saber cómo se arreglaba. Y ved aquí á la solícita y prudente María Juana venir á mí con los ocho mil duros, muy tapaditos, en un lío de billetes envuelto en su pañuelo, y dárme los, acompañando el don de estas palabras: "No puedes figurarte qué fatigas representa para mí este favor que te hago. Lo

menos seis meses tendré que estar diciendo mentiras á Medina, y cree que esto me lastima mucho. Mentir á Cristóbal es escupir al Cielo, hijo mío. Pero es forzoso hacerlo y se hace. Si te salvo de la deshonra, esta idea tranquilizará mi conciencia, que está, puedes suponerlo, bastante alborotada. Se irá calmando con la meditación de los males que nos trae el apartarnos del camino derecho, y con practicar la mayor suma de buenas obras... Con que entérate. Supongo que la facultad de contar dinero no se te habrá ido, pobre niño inválido. Y si gobiernas bien con tu mano derecha, no estaría de más que me hicieras un recibo..."

Prestéme á ello con el mayor gusto, y aun le ofrecí interés, que rechazó escandalizada. "Por ningún caso—me dijo,—y ni el reintegro de la suma aceptaría, si no fuera porque me será difícil justificar la inversión de ella, si algún día se entera Cristóbal y... Parte de este dinero es mío, parte de una amiga que me lo entregó para que se lo colocáramos, y algo es de lo que Medina me ha dado para los gastos de la casa, muebles y otras cosillas."

Muy agradecido estaba yo; pero el rasgo de Camila, del cual no tuve noticia hasta el día siguiente, fué la emoción más grande y placentera que recibí en aquel caso. ¡Pobre borriquita! ¡pobre Cacaseno de mi alma! ¡Cómo se portaban conmigo y qué lección me daban los dos! Cuan-